

¿QUÉ HARÍAI SI NO EXISTIERA LA FERIA, NERSONO?

En medio de la sinfonía vegetal, bullanguera y feliz, con acordes de exagerada exaltación de las bondades de frutas y verduras, matizada con simpáticas lisonjas a las caseras, truena la pregunta inesperada ¿Qué haríai si no existiera la feria, Nerso?.

Desde el otro lado de la colorida riada de bolsas y carritos, que incesante se desplaza entre la doble fila de multicolores tenderetes, Nelson escucha aquella inesperada pregunta ¿Qué haríai si no existiera la feria Nerso?.

Con la actitud propia del que se enfrenta a un dilema metafísico, sin hablar, Nelson se mantiene un instante abstraído en sus pensamientos. ¿Cómo será quedarse como todo el mundo entre las tibias sábanas hasta más tarde? Siquiera hasta las siete... o las seis... si total no se trata de flojear. ¿Cómo será vivir igual que los caseros, que trabajan todo el día sentados, leyendo y escribiendo documentos? Los papeles pesan menos que los canastos que acarreo todos los benditos días. ¿Serán más sabrosas mis lechugas en una mesa con mantel y platos, en vez de comer desde la misma vianda, sentado en un cajón?.

—Me fregaste la siquis, que le llaman. Qué te voy a decir, hacerle a otra cosa nomás.

— ¿Pero en qué te gustaría ganártela?

—Cómo voy a saber... si soy nacido y criado aquí en la feria.

Las caseras implacables interrumpen para regatear, dudar de la calidad de las papas o consultar si los tomates son limachinos.

A ratos el muchacho parece olvidar la pregunta, concentrándose en pregonar a viva voz sus verduras y piroppear a las caseras. A ratos, la inquietud se abre paso desde lo profundo de su ser, y se ensimisma meditando acerca del futuro en ese lugar.

Hacia muchos años, antes de que él naciera, sus padres se iniciaron en la feria. Casi diría que su madre partió a la Maternidad desde allí, y tan pronto como dio a luz, volvió a sus

acostumbradas labores, llevando consigo al pequeño Nelson. Su cuna fue un cajón de manzanas, sus primeros juguetes, las más tiernas acelgas, lechugas y repollos. Su perfume, el de la albahaca entremezclado con el aroma que las verduras robaban al roció de la mañana. Quizás antes de balbucear papá y mamá, Nelson aprendió a decir “casera”.

Sus padres, de mínimos estudios, soñaban con verlo convertido en un profesional exitoso.

—Mira, si el niño tiene facha de doctor.

—Yo lo encuentro más hallado como ingeniero ¿Te imaginas si el cabro nos sale abogado?

Lo cierto es que no tenían la capacidad ni el tiempo para guiarlo en sus estudios. Nelson, con esfuerzo logró cumplir la enseñanza obligatoria. Lo que sí aprendió muy bien fue el oficio de sus padres. Sabía cómo proveerse de las mejores verduras, cómo presentarlas a sus clientes, y seducirlos para que se las compraran. Con su ayuda, siendo adolescente, el puesto de verduras llegó a ser uno de los más importantes de la feria.

Con poco más de veinticinco años, él maneja todo, acompañado por el padre, orgulloso del oficio legado a su muchacho, quien nunca se cuestionó si le interesaba aceptar aquella herencia, hasta el momento en que lo que parecía natural e inevitable, se ve confrontado a una alternativa posible ¿Qué haría si no existiera la feria Nerso?.

Entrenado para ser el mejor feriante, ahora se encuentra con un inesperado acertijo: dar respuesta a una inocente pregunta, lanzada casi como una diversión. Ya no le parece todo igual, le impacienta que las caseras regateen, siente anquilosarse su joven musculatura restringida al reducido espacio del puesto ¿Qué haría? Se pregunta, y cae en un mutismo extraño.

El regreso al hogar no es más animado. Taciturno, Nelson conduce lentamente, como si no quisiese llegar a su rutinario destino. Estaciona el camión en el patio e ingresa a la casa. Sin pronunciar palabra se dirige a su dormitorio.

— ¿Qué le pasa al niño? ¿Estará enfermo? Ni preguntó por la comida —dice la madre.

—Cosas de jóvenes —responde el viejo— enamorado andará. Déjalo vieja y vayamos a dormir, que mañana hay que laburar temprano.

Aquella noche, desvelado Nelson ve como ante sus ojos abiertos la vida pasa en retazos, a veces luminosos, a veces grises. La emoción de su primera venta, ya casi olvidada. Sus pequeñas manos, de cuatro años, levantaban con dificultad la mata de apio.

— ¿Otra cosa, caserita? —Y las frescas hojas dejaban caer gotas de rocío sobre sus sonrosadas y mofletudas mejillas.

—Eso nada más, amorcito, pero le prometo que la próxima semana vendré a comprarle de todo a usted primero —respondió la casera con una enternecida sonrisa, acariciándole el cabello.

Un recuerdo tan diferente a la angustia que le atenaza desde aquella mañana, en que de pronto sintió que construía su vida con una secuencia de días monótonos, inútiles.

¿Cuándo comenzó todo? Recién había cumplido dieciocho años y era un feriante experto, y alumno de regular rendimiento. En aquellos días, cercanos a la Navidad, la feria lucía más animada que nunca. El aroma de albahaca y primores animaba los espíritus, las caseras ya comenzaban a abastecerse para las fiestas de fin de año. Sus padres tenían un festejo especial, Nelsito se graduaba en el Liceo y soñaba con ir a la Universidad. Era vital que a la semana siguiente, Nelson pudiese rendir con éxito las pruebas de selección.

Fue entonces cuando los años de esfuerzos le pasaron la cuenta al abnegado viejo...un dolor intenso en el pecho, ahogo, oscuridad. Reposo absoluto sentenciaron los médicos. Los ahorros apenas alcanzaron para cubrir los gastos que provocó la enfermedad. Junto con egresar del Liceo, el niño se transformó en hombre. El padre a un largo y severo reposo. La madre no podía multiplicarse entre la feria y el hogar, entre el rol de comerciante y el de enfermera. Sólo Nelson podría salvar la fuente familiar de ingresos. Hasta nunca Universidad. Aquel recuerdo se aferró a la garganta de Nelson con garras filudas. Amargos fueron aquellos días. Al igual que

Garrick, él debía reír para las caseras, mientras en el hospital su padre luchaba por sobrevivir. En aquella época no le incomodó sacrificar los estudios, casi lo consideró una oportunidad del destino. El trabajo le ofrecía dinero propio, libertad.

Acomodado en la cama invocando el sueño, se consuela pensando en la milagrosa recuperación de su padre. Tanto le quiere, que siempre ha pretendido emularlo, Ahora, sin embargo, no puede dormir, ahogado por el trabajo en la feria, abrumado por el miedo que le provoca atarse a la misma rutina que soportó su padre por tantos años. No quiere aquello para sí ni para los hijos que algún día habría de engendrar...si Dios lo permite, agrega.

El reloj avanza implacable hacia la hora de inicio de la jornada. En vigilia resuelve dejar la feria y buscar un trabajo que le permita estudiar una profesión, quizás electricista o mecánico. Con la decisión tomada, se duerme profundamente.

La madre se levanta a la hora acostumbrada y le extraña no ver luz en el pasillo, pero supone que Nelson ya se ha duchado y está vistiéndose en su dormitorio. Al entrar al baño le preocupa encontrarlo seco. Siempre su niño estaba en pie antes que ella. Algo andaba mal.

—Viejo, te lo dije, algo le pasa al Nelsito. Todavía no se levanta y ya son más de las cinco.

El padre, adormilado bajó de la cama y se dirigió a la habitación de Nelson. Verlo dormir plácidamente, con la ropa de cama en completo desorden, revela a los ojos sagaces del anciano, que el muchacho había pasado una mala noche.

Sin hacer ruido sale de la habitación, y va a comentar la situación con su mujer.

—Dejémoslo dormir, debe estar cansado —señala el marido— total si abrimos más tarde o no abrimos, no se va a acabar el mundo.

Eran horas de sufrimiento para la atribulada madre. Su instinto le avisaba que algo grave ocurría. ¿Y si el niño está enfermo y no nos hemos dado cuenta?.

Nelson despertó cerca de las nueve. Al ver que el sol clareaba, se levantó de prisa, reclamando porque no le habían avisado a tiempo.

—Tranquilo —le dijo el padre, sentado en la cabecera de la mesa— si dormías era porque necesitabas descansar. No te vaya a pasar un día lo mismo que a mí por abusar del cuerpo — y antes de que Nelson dijese nada continuó— ¿Porque estás bien hijo? ¿No te falla la salud?

—No viejo, no es salud. Es algo diferente —y se sienta en la otra cabecera.

Estas palabras de Nelson preocupan al padre, pero a la madre, que escucha desde la cocina, le asustan a tal punto que llega casi corriendo junto a ellos. Nelson nota la angustia de ambos y los tranquiliza, para luego explicarles lo que le sucede y la decisión que ha tomado. La madre no logra entender. Su hijo, que tiene el futuro asegurado en la feria, lo deja todo para correr tras quién sabe qué peligros. No se atreve a pensar lo que sufrirá si le va mal en sus proyectos. El padre, al contrario, se siente tan identificado con estos sentimientos, y acaso tan culpable de haber truncado el futuro del muchacho, que va a su lado y le pone una mano en el hombro. Quiere decir algo, pero calla. Luego de un instante susurra:

—Dale hijo, aún es tiempo. Busca lo que te haga de verdad feliz. Nosotros te vamos a ayudar en todo lo que podamos, y estoy seguro, vas a lograr lo que te propongas.

—Perdóname padre si te desilusiono, no es que mire en menos esto. Todo lo que me enseñaste en la feria es mi vida, pero sabes, como que me falta algo.

En la tarde, Nelson visitó a algunos amigos en busca de datos de trabajo. Al anochecer volvió a la casa, algo cansado de recorrer tantos lados, y con el temor de que su desafío no sería tan fácil, porque las pegas estaban escasas y en todas pedían experiencia.

Transcurrieron algunos días en que Nelson, como era costumbre, se levantaba a las cinco para desayunar con su padre, le ayudaba a preparar el camión. A las ocho, salía incansable en

busca de empleo. Gracias a su físico fuerte, y sobre todo porque había hecho con buenas calificaciones un curso de manejo de armas cortas, le ofrecen trabajo como guardia.

Finalmente llega el ansiado debut. Nelson, de flamante uniforme azul inicia la labor de guardia en la sucursal de un Banco. Aquel día sus padres no resisten la tentación, cierran el puesto y raudos parten a ver a hurtadillas a su hijo. La madre no disimula el orgullo ¡Si su niño parece un Capitán!

Paseándose por el hall de la sucursal, en esos momentos aún con poco público, Nelson piensa con satisfacción en la pregunta que tanto lo angustió: “¿Qué haría si no existiera la feria, Nelson?. Claro, puede trabajar como guardia de un Banco. En medio de su felicidad, nunca imaginó que su Banco, protegido celosamente por él, iba a ser de interés de una banda de asaltantes, capaces de dispararle a mansalva, cuando intenta cumplir con su deber de guardián.
